



Madrid 8 de Febrero de 1862.

SUMARIO. ARTICULOS.—Gravedad.—Pesantez, por don Juan Cuesta.—Madrid en 1862, por Sara.—Historia de España: Don Alfonso primero, por don A. Pírola.—La Cacería, por don José S. Biedma.—El Patizambo, por doña Joaquina G. Balmaseda.—La Ondina del pozo, por B.

GRABADOS. Palacio de Madrid.—D. Alfonso primero.—La cacería.

LICEO DE LOS NIÑOS.

IV.

GRAVEDAD.—PESANTEZ.



EMOSTRADA la redondez de la tierra, y antes de entrar á explicar el movimiento continuo de que se halla animada desde que salió de la mano del Eterno, creemos del caso satisfacer algunas dudas que ocurren sencillamente á todo el que desconoce el maravilloso mecanismo del globo, y las propiedades mas esenciales de la materia.

2.^a SÉRIE.—Tomo I.

Teniendo la tierra una forma esférica, una mitad de ella mirará siempre hácia arriba y la otra mitad hácia abajo.

Los objetos que se hallen colocados en la mitad superior, podrán permanecer perfectamente en su puesto sin la menor alteracion ni contratiempo, pero los que estén en la inferior no se comprende que puedan subsistir sin desprenderse de la tierra y marcharse por las inmensidades del espacio.

¿En qué puede consistir tan admirable fenómeno? ¿Cómo puede ser que debajo de nosotros haya otros pueblos como los nuestros, cuyos habitantes puedan andar cabeza abajo sin caerse? ¿Cómo no se desprenden las casas, los ríos, y hasta las montañas mismas? ¿Cómo no

NÚM. 5.^o

se despegan de la superficie de las aguas los bajeles que cruzan esos remotos mares que rodean la tierra por todas partes?

Existe en el corazón de nuestro globo un punto céntrico dotado de una fuerza de atracción inmensa, que llama hacia sí á todos los objetos que le rodean, los cuales se precipitarían todos sobre este centro si no se estorbasen los unos á los otros, viéndose por esto forzados á agruparse alrededor de la mejor manera posible á su forma y condiciones.

Esta fuerza, en virtud de la cual todos los cuerpos tienden á descender al centro de la tierra, es la que conocemos con el nombre de gravedad ó peso. Ella es la que hace caer al suelo cualquier objeto cuando le soltamos de la mano; la que hace volver á la tierra la piedra que arrojamós al aire con todas nuestras fuerzas; la que haría, en fin, que una bala de cañón disparada á lo alto con todo el ímpetu posible, cayera de nuevo á nuestro lado en vez de seguir subiendo hasta perderse en las regiones del cielo.

Esta fuerza de atracción es tan cierta y poderosa, que si fuera posible abrir un pozo tan profundo que, atravesando el centro del globo, lográramos traspasar la tierra de parte á parte, los cuerpos que arrojáramos por cualquiera de las bocas descenderían solamente hasta la mitad del pozo, y no pasarían de aquel sitio, por la fuerza de atracción que ejercería sobre ellos ese admirable centro, alrededor del cual se halla agrupada toda la materia de este inmenso globo, como alrededor de la almendra se halla colocado el hueso, la carne y la corteza de un albericoque.

Así se explica que los que ocupamos la parte superior de la tierra como los que viven en la inferior, permanezcan en su superficie sin desprenderse de ella; así se comprende que nos sea mucho mas penoso subir una escalera que bajarla; así se concibe que la piedra que arrojamós al aire, pierda poco á poco la fuerza que le hemos dado, mucho mas débil que aquella otra que, obrando constantemente sobre ella, vencerá al fin haciéndola descender rápidamente; así, por último, se empieza á co-

nocer la admirable sabiduría del que por tan sencillo medio supo conciliar el que pudiera el hombre y los animales andar sueltos por la superficie del globo, trasladarse de un punto á otro, y hasta elevarse por encima de las nubes sin riesgo de soltarse de la tierra, pues esta maravillosa fuerza hace el efecto de una cadena invisible, que si nos deja separarnos á mas ó menos distancia, nos tiene siempre encadenados, como tenemos nosotros sujeta por medio de la cuerda la cometa de papel que, abandonada á merced del viento dejamos elevar hasta las nubes, ó hacemos volver á nuestras manos con solo recoger el hilo, que es el que hace aquí las veces de peso ó fuerza de gravedad.

JUAN CUESTA.

MADRID EN 1862.

CARTAS Á UNA NIÑA.

IV.

Había estado con mucha inquietud, Jenny querida, por carecer de noticias tuyas; pero, al fin, el correo me las ha traído: sé que estás buena y que esperas con impaciencia mis cartas y las descripciones que te hago de cuanto voy viendo en la corte de España.

Ayer estuvimos á ver el Palacio Real, pues aunque no es costumbre dejarle ver interiormente sino cuando los reyes están en los sitios Reales, todavía pudimos conseguir por elevadas influencias que puso en juego mi hermana, que nos permitieran visitarle mientras los reyes estaban en paseo.

Para ir al Palacio atravesamos la Plaza de Oriente, y no puedes imaginarte lo que me gustó este sitio. Yo recuerdo haberle atravesado siendo niña, cuando no era mas que un inmenso desierto, intransitable por el ardor del sol en el verano y por la lluvia que convertía en un lodazal el piso en el invierno; y que una aya que yo tenía me explicaba cómo se había formado aquella estensa plaza en tiempo de la invasión de los franceses, los que derribaron los conventos de San Gil y de Santa Clara, la parroquia de San Juan, la Biblioteca y mas de cincuenta casas.

Desde 1841 empezó el Real Patrimonio á embellecer esta plaza; y hoy forma su centro una hermosa glorieta, elevada como dos piés sobre el terreno y rodeada de una elegante escalinata, de tres gradas,

con grandes estatuas de trecho en trecho. Sobre esta escalinata, y en medio de una calle de acacias, se eleva una esbelta verja de hierro, en cuyo centro hay un lindo jardin, lleno de flores, que rodea un pedestal con bajos relieves, uno de los cuales representa á Felipe IV condecorando al pintor Velazquez con el hábito de Santiago. Del mismo rey á caballo es la magnífica estatua de bronce que está sobre el pedestal. No sé donde he leído que esta estatua fué hecha por un célebre escultor de Florencia, en el siglo XVII, y que cuando estuvo terminada fué admiracion de aquellos habitantes; pero que el artista acabó sus dias inmediatamente por graves disgustos que le ocasionó un ministro del gran duque de Toscana, nombrado

nado. Tu padre nos dijo que en el mismo sitio se elevaba antiguamente el famoso Alcázar de Madrid, castillo nombrado en nuestras historias, habitado por D. Pedro el Cruel, por Enrique II, por Enrique IV, que le reedificó, por el emperador Carlos V, y desde este monarca por todos sus sucesores, llegando á ser en tiempo de Felipe IV el lujoso centro de aquella corte galante, disipada y aficionada á la bella literatura. Parece que despues se quemó todo en una Noche Buena, que no lo fué para este Palacio, á tiempo que afortunadamente los reyes habitaban en el del Buen-Retiro, que sino calcula tú el mal rato que hubieran pasado. Felipe V, que reinaba entonces, hizo construir este palacio, á mediados del siglo anterior.



Palacio de Madrid.

para entender en los gastos necesarios y en la recompensa de la obra. Triste suerte la del verdadero talento, de ser pocas veces bien recompensado!

Enfrente de estos jardines se ve una de las fachadas del Palacio Real, que aunque no es la principal, es, no sé porqué, la que mas me gusta, y por esto te envío un diseño que me he podido proporcionar. La entrada principal da á una gran plaza de armas, á la cual se entra por un arco muy antiguo, apoyado en el edificio no menos antiguo de la Armería: cierran esta plaza, por una parte una galería recién construida y por la otra un pretil, con bajadas á los jardines del Campo del Moro, que ya te he citado en otra de mis anteriores.

El aspecto exterior de este régio edificio es magnífico y puede competir con los mejores palacios de Europa, aunque no está todavía enteramente termi-

No me detendré á hablarte mas de la parte exterior, supuesto que por el diseño que te envío puedes formarte una idea. En el interior hay una hermosa escalera de mármol manchada de negro, con una bella alegoría pintada en la bóveda. Entrando luego en las régias salas, lo que mas llamó mi atencion fueron los frescos de los techos, y, especialmente, los que representan *la apoteosis de Hércules*, por D. Francisco Bayeu; *Hércules entre la virtud y el vicio*, por don Mariano Maella; *la institucion de la Orden de Carlos III*, por D. Vicente Lopez; *la Aurora acompañada de las horas y del lucero de la mañana*, por Mengs; *la toma de Granada*, por Bayen, y las excelentes pinturas de D. Juan Bautista Tiépolo, en la magnífica sala de Embajadores, cuya suntuosidad es preciso ver para apreciarla en su verdadero valor.

El adorno de las salas es verdaderamente régio,

tanto por la riqueza de los mármoles empleados en los pavimentos, frisos y chimeneas, como por los soberbios espejos, arañas, mesas, relojes, colgaduras, y, sobre todo, cuadros de gran mérito de renombrados autores.

Lástima que sea preciso ser reina para estar tan bien alojada, decía yo al bajar la escalera; pero luego reflexioné que no por vivir en medio de tanta suntuosidad y de tanta etiqueta se desliza mas feliz la vida, y que acaso es mas envidiable la del que, con la conciencia tranquila, no ve en derredor suyo mas adornos que los que brota la espléndida naturaleza, ni tiene sobre su cabeza mas bóveda que la azul tachonada de estrellas, á que no puede compararse ninguna de las obras del hombre.

Esto, no obstante, quisiera poder ofrecerte, niña mía, un palacio como el de Madrid. ¿No es verdad que es muy ambiciosa tu

SARA.

HISTORIA DE ESPAÑA.

DON ALFONSO PRIMERO.

Á la muerte de Pelayo eligieron los asturianos á su hijo Favila en gratitud á los servicios que debían al padre, no al derecho, porque entonces no había mas que el de la elección.

Pero no respondió á la grandeza de su padre, ni era Favila el monarca que necesitaba aquel pequeño reino; y gastando en la caza las fuerzas y el tiempo que debiera emplear en organizarle y combatir á los enemigos, halló en su pasión su muerte, porque fué destrozado por un oso junto á Cangas de Onís, donde aun se enseña hoy el sitio, que hemos visitado.

Poco satisfechos los restauradores del breve reina-

do de Favila, que solo duró dos años, no eligieron á ninguno de sus hijos, sino á un yerno de D. Pelayo, llamado Alfonso, que era el jefe que necesitaba aquel naciente reino.

Esforzado y atrevido escitó el celo religioso de su gente, estimuló su patriotismo, sonó el tambor y

levantó estandarte, y aprovechando la ocasión de hallarse harto entretenidos interior y esteriormente los árabes, salió de sus guardias, compartió con su hermano Fruela el mando de las tropas, y penetró en Galicia, apoderándose de Lugo, Orense y Tuy, invadió la Lusitania, y volvió cargado de gloria y de botín.

Alentadas así sus huestes, y aprendida la manera de invadir países, taló los *Campos góticos*, hoy Tierra de Campos, llegó en diferentes ocasiones hasta Segovia, deteniéndole solo las enhiestadas cumbres del Guadarrama, avanzó otra vez hasta Aragón, otra hasta el Bidasoa, y llevó sus victo-

toriosas armas desde el Océano occidental hasta los Pirineos, desde el mar Cantábrico á Somosierra, llevando por todas partes la destrucción y el estermio. Por eso le llamaban los árabes el *terrible*, el *matador de hombres*, el *hijo de la espada*.

No dió tan inmensa extensión á su reino porque era imposible, porque no tenía pobladores ni fuerzas, pero adquiría recursos y riquezas de que privaba al enemigo, y marcaba las huellas que habían otros de seguir y siguieron. Ensanchó su reino hasta Leon y Astorga, que fortificó; restableció á la vez el culto cristiano, reponiendo obispos, levantando templos y dotándolos, mostrándose tan fervoroso cristiano como temido guerrero, por lo que fué apellidado el *Católico*, con cuyo sobre nombre le conoce la historia.

Y como sino creyera suficiente el temor que había infundido en los infieles, en cuya sangre se enrojeció tanto su espada y las de sus gentes, aseguró las fronteras con castillos, de donde tomó el nombre de Castilla, esta rica y noble porción de España.



D. Alfonso primero.

Tampoco desatendió Alfonso el gobierno interior de su reino, en el que empleaba el vagar de los combates; así que apenas se podía haber escogido monarca mas grande y glorioso que el Primero de los Alfonsos, el católico, vencedor de infieles, conquistador de lenguas y numerosas tierras y ciudades, restaurador de templos, dotador de iglesias, restablecedor del culto católico, como firme sosten de sus conquistas, y ensanchador del reino, que ya se extendía desde Galicia y la Cantabria hasta la Vasconia.

En esto empleó los diez y ocho años de su magnífico reinado; y al morir en Cangas, en el año de 756, ya no era Astúrias el diminuto reino de Pelayo, como acabamos de ver.

Su cadáver fué sepultado en el monasterio de Santa María de Covadonga, fundado por él, yaciendo allí junto á los de su esposa Ermesinda, y los de Pelayo, el héroe de aquella cueva, y su yerno.

Es fama, y así lo cuentan las crónicas cristianas, que entre otros milagros que sucedieron á su muerte, se oyó al enterrarle á los ángeles cantar en armonioso coro el Salmo: « Es llevado el justo para apartarle de la maldad, y encontrará paz y descanso en su sepulcro. »

A. PIRALA.

LA CACERÍA.

Había antiguamente un príncipe que se llamaba el duque Leopoldo de Lorena, el que era muy querido en su país, en particular de los pobres, porque los amaba y les hacía todo el bien que podía. Un día

al entrar en un salón de su castillo, vió á su hija la princesa que miraba por una ventana al patio, donde habia muchos pobres que pedían limosna, porque sabían que siempre se la daban en el castillo. En aquel momento el buen duque Leopoldo oyó á su hija decir á una dama que la acompañaba: —Esos pobres me fastidian, siempre están diciendo que tienen hambre!

¿Por qué no comen pan y queso?—El duque Leopoldo continuó su camino sin decir nada á su hija, que no le vió, pero se puso muy triste, porque temía tuviese mal corazón, puesto que no la daban lástima los pobres.

Algunos días después anunció el duque Leopoldo que pensaba ir de caza al bosque, de lo que se alegró mucho la princesita, porque la habían prometido que sería de la partida, y que acompañaría á su padre en una jaca que éste la había regalado. Llegó en esto el día de la cacería, y la princesa se levantó muy alegre por la mañana temprano; la pusieron un lindo vestido de amazona y un sombre-



La cacería.

ro con plumas blancas; después la llevaron su jaca, que era blanca también y estaba enjaezada con lazos encarnados. La princesa se sentó en la silla, pues sabía montar muy bien, y se colocó á su lado un escudero, que no debía separarse de ella, y un picador para tocar la corneta. No tardaron el duque Leopoldo y toda su corte en galopar á través del bosque, y la princesa galopaba también, lo que la divertía mucho. Pero como la jaca no corría tanto como los caballos grandes de los cazadores, la princesita se quedó muy pronto atrás, sin ver á nadie mas que á su escudero y á su picador, que se hallaban siempre á su lado, y á los que decía: —Corramos para reunirnos á mi padre.—Pero por mucho que corría no veía

ni oía nada; el escudero la dijo por último: —Señorita, creo que hemos equivocado el camino y que nos hemos perdido en el bosque. —Entonces se sintió muy inquieta la princesa, porque no había comido nada desde por la mañana y tenía hambre. Después de haberse detenido un momento comenzaron á correr á la aventura, pero el bosque era tan grande que no veían su fin. La princesa estaba rendida de cansancio, temía verse obligada á pasar la noche en el bosque sin cenar, y se puso á llorar diciendo: —Dios mío, qué hambre tengo! Dios mío, que hambre tengo! —Entonces dijo al picador el escudero. —Tocad la corneta para ver si os oyen. —El picador tocó con todas sus fuerzas, y después calló para escuchar. A poco se oyó á lo lejos, muy lejos, otra corneta que le respondía. Alegróse mucho la princesita, y se puso á galopar hacía el lado por donde había oído la corneta, y bien pronto distinguió á su padre con los demás cazadores, que estaban todos sentados alrededor de una mesa debajo de una tienda de campaña, en la que se les servía una abundante comida. La princesa corrió adonde estaba su padre, se abrazó á su cuello llorando, y le refirió cómo se había perdido en el bosque y había tenido miedo de morir de hambre. —Por qué no comías pan y queso? le dijo el duque Leopoldo en tono severo. —Porque no lo tenía, contestó confusa la princesa. —Hija mía, los pobres que te fastidian tampoco lo tienen, pues si lo tuviesen no te pedirían. La princesa comprendió esta lección y no la olvidó nunca.

Desde aquel día, siempre que oía pedir pan á un pobre decía: —Que se lo den en seguida, que yo sé muy bien lo que es tener hambre.

(Traducido del francés.)

JOSE SANCHEZ BIEDMA.

EL PATIZAMBO.

Al regresar de un ameno paseo por la ronda Alfonso de Guevara, niño de doce á trece años, acompañado de su ayo, pasaba una tarde por las cercanías de la estación del ferro-carril del Mediterráneo, cuando los gritos de «socorro, que me matan» pronunciados por un acento infantil, hicieron volver á entrambos la cabeza. Entonces se fijaron en un grupo que formaban tres muchachos desarrapados, cuya soga al hombro demostraba su ocupación de servir al público haciendo mandados ó trasportando cargas, acometiendo á otro solo é indefenso que sucumbía á los golpes de los tres.

Alfonso, indignado al contemplar tan desigual combate, se lanzó al grupo de chicos, castigando á

los opresores, y logró ponerlos en precipitada fuga con auxilio de su ayo, que secundó su generosa acción.

Por desinteresada que sea una buena acción, desea uno siempre saber si está bien empleada, y Alfonso, pasada la primera impresión, fijó sus ojos en el infeliz muchacho que, con miradas de gratitud y lágrimas de reconocimiento, daba las gracias á su protector.

—Vamos, levanta, exclamó Alfonso.

—Dádmela mano, señor, replicó el niño respetuosamente, porque esta pierna me duele mucho.

—Calla, murmuraban entre tanto los otros muchachos á corta distancia. Le ayuda á levantarse un señorito! Mire Vd. la ventaja de ser patizambo.

El patizambo, así conocido entre los chicos por tener un pié vuelto y una pierna arqueada, no hubiera podido levantarse solo á causa de este defecto, y auxiliado por Alfonso y su ayo logró incorporarse y seguirlos á una tienda de la calle de Atocha, donde le hicieron lavarse el rostro ensangrentado y beber un vaso de agua con unas gotas de aguardiente, que fué devolviendo la tranquilidad al muchacho, separándose de él Alfonso después de dejar en su mano algunos reales que llevaba.

—Ah, señor! exclamó el niño cuando vió alejarse á su bienhechor; decidme dónde vivís, decidme vuestro nombre.

Alfonso un tanto [sorprendido replicó:

—Alfonso de Guevara, calle de Fuencarral, número...

—Oh! gracias, gracias, que el cielo os bendiga!

Cuando aquella tarde Julianillo, que así se llamaba el patizambo, entró en casa de la anciana María, que le había recogido por caridad al morir sus padres, evitándole la desgracia de ir al Hospicio, mostró aun antes que su cara verdadera los reales que por primera vez le acompañaban, pues en sus mandados ordinarios apenas lograba reunir algunos cuartos.

Este día fué, pues, el más dichoso de su vida, y desde él solo pensó en llegar alguna vez hasta su generoso protector.

Un día, que más animoso que sus compañeros soportaba la lluvia que caía á torrentes, un joven le hizo seña de que se acercase, encargándole llevase una carta á la calle de Fuencarral, núm.... al señor don Alfonso de Guevara. El corazón de Julian dió un salto de gozo, y murmurando:

—Qué dicha!

Partió sin aguardar el pago de su mensaje.

Llegado á la casa de Alfonso, subió resueltamente la escalera sin hacer caso del portero, que al verle pasar salió detrás de él exclamando:

—Eh! ¿adónde vas, perillan? Créese que he limpiado yo mi escalera para que vengas á ensuciarla con tus zapatones?

—Tengo que entregar una carta á don Alfonso de Guevara.

—Enhorabuena : venga la carta y espera. Los mozos de cuerda no entran en las habitaciones.

No era esto lo que el muchacho pretendía , y se opuso tenazmente á dar la carta, diciendo tenía órden de entregarla en propia mano , promoviéndose entre el portero y él una disputa acalorada que hizo salir á la escalera á uno de los criados del cuarto principal. Al apercibirle Julian, corrió á él diciéndole que anunciase á su señorito al *patizambo* á quien habia socorrido, que le traía una carta urgente. El criado no pudo menos de reírse de recado tan original, y entró á decir á su amo si se dignaba recibir al señor don Patizambo.

—Al muchacho de la otra tarde ! ya lo creo ! que pase al momento , dijo Alfonso.

Julian, con el corazon trémulo de alegría, entró conducido por el criado á la habitacion de Alfonso, que exclamó al verle :

—Eres tú ? me alegro de verte. Qué te trae por aquí ?

Julian presentó tímidamente su carta, y Alfonso continuó :

—Me traes una buena noticia. Pobre Estanislao ! me quiere tanto !

—¿ Le habeis salvado tambien de algun peligro ? preguntó cándidamente Julian.

—No por cierto, repuso sonriendo Alfonso ; él por el contrario me ha evitado muchas cachetinas de los camaradas en el colegio, porque era mas fuerte que yo. ¿ Pero porqué casualidad eres tú el portador de esta carta ?

Entonces Julian refirió que todos sus compañeros habian desaparecido por la lluvia, y añadió :

—Los días mejores para mí son estos en que ni los perros se atreven á salir, porque cuando ven á mis camaradas los prefieren siempre, porque no son cojos y saben leer.

—Y por qué no aprendes tú ?

—No es deseo lo que me falta : muchas veces paso horas enteras delante de alguna muestra y pregunto á otros muchachos las letras, pero si una vez me las dicen, las mas me envían á paseo.

—Y si yo te pagase la escuela ?

—Oh ! Dios mio ! qué dicha para mí ! Porque, segun dice la señora Maria, saber leer es lo único que me falta.

Alfonso no pudo menos de sonreírse al oír estas frases. Faltaba tanto al pobre Julian !

Un napoleon y la recomendacion de que lo emplease en pagar el primer mes al maestro, fué el término de aquella entrevista, que hizo prorumpir al criado :

—Y crée el señorito que este truan gastará ese dinero en la escuela.

Julian levantó con altivez su cabeza y exclamó :

—Si no lo creéis, señor, tomad vuestro dinero.

—De ningun modo, tengo confianza en ti.

—No os arrepentireis de ella, dijo el muchacho, y salió de la estancia.

Esta réplica pretenciosa fué muy censurada por todos los criados de Alfonso, que cuantas veces vieron llegar al muchacho, le despidieron con pretesto de que sus amos habian salido.

Desesperando ya de poder ver en su casa á su protector, nuestro patizambo vagó á las puertas de los teatros y alrededor de los paseos por si tenia la dicha de hallarle, y en efecto, una tarde lluviosa vió llegar á la puerta de la Zarzuela un carruaje, en cuyo lacayo reconoció á uno de los criados de Alfonso, y aunque se colocó muy cerca del coche el niño, su hermana y sus padres penetraron en el espacioso portalon antes que él hubiese podido hacerse presente, solo tuvo tiempo de ver caer de entre los pliegues del abrigo de la niña un pañuelo, que se apresuró á recoger y entregar al lacayo, diciendo :

—Este pañuelo se le ha caído á vuestra señorita : entregádsele.

—Qué quieres por el hallazgo ?

—Nada : decidle tan solo que se le devuelve el patizambo á quien salvó su hermano.

Trascurrieron algunos meses, hasta que una noche que se retiraba de las puertas de un palacio, perteneciente á una de las damas de nuestra aristocracia, en el cual habia tenido lugar un gran baile, ganando él algunas monedas por avisar á los cocheros cuando sus amos los llamaban, pasaba cerca de la casa de Alfonso, y su perpétua gratitud le llevó á contemplar sus balcones, no obstante lo avanzado de la hora. Clavó sus ojos en aquella casa donde vivia su bienhechor, y de repente su corazon se oprimió, le faltó el aliento, y al ir á gritar espiró la voz en sus lábios. Una espesa columna de humo salía por las ventanas del tejado, y se elevaba ennegrecida hasta el cielo, empañando la clara luz de la luna.

—Dios mio ! exclamó al fin el pobre Julian, fuego, fuego en casa del señorito Alfonso !

Y corrió á la puerta, golpeándola fuertemente, sin que nadie respondiese. El muchacho se desesperaba, y desistiendo de hacerse oír, previno al sereno, avisó en la parroquia que tocasen á fuego, y pocos minutos despues, bomberos, tropa y todo genero de auxilios estaban delante de la casa de Alfonso, donde ya era todo alarma y confusion.

Julian, no obstante el humo que le ahogaba, y la multitud que le impedia el paso, logró deslizarse hasta la habitacion de Alfonso, á tiempo que el jóven despavorido salía con una caja en la mano que guardaba los brillantes de su madre, y ésta le acababa de confiar para que los salvase ; ver á Julian, entregarle la caja diciéndole que la sacára de allí á todo trance, y volver al lado de sus padres para darles los auxilios

que necesitasen, fué todo obra de un instante, y Julian volvió á abrirse paso por medio del peligro, salvando su precioso depósito. Cuando ya fuera de la casa quiso atravesar el cordón de tropa que la cercaba, observaron los soldados que llevaba una caja consigo, le detuvieron, llegó el comisario, y á pesar de sus protestas de cariño á los dueños de la casa, y sus aseveraciones de que habia recibido aquellos brillantes para custodiarlos, Julian fué conducido á la cárcel como un delincuente.

El pobre niño lloraba al oírse calificado de ladrón, y ver que no tenia prueba que dar de su inocencia, desesperándose á la idea de que la señora María creyese que de ese modo tan indigno pagaba sus beneficios.

Todo el día siguiente trascurrió para el pobre Julian en sollozos, sin que nadie llegase á salvarle, aumentando su dolor la idea de que cuando Alfonso no ha corrido á su prision, es indudable que ha perecido, y con ella la única prueba de su inocencia.

Pero no era así: habia obrado noble y generosamente, y Dios no podia dejar de acudir en su auxilio.

Al segundo día, en uno de tantos momentos en que de rodillas y con los ojos fijos en el tragaluz de su calabozo elevaba á Dios sus oraciones, un ruido de pasos y rumor de llaves y cerrojos le sacó de su éxtasis, contemplando ante sí á Alfonso y su madre, que le sacaron de la prision proclamando su inocencia, y reconociendo que solo á él debían no haber muerto sofocados por las llamas.

La señora María, que no hacia mas que vagar alrededor de la cárcel donde yacia su hijo adoptivo, á quien supuso desde luego calumniado, al verle salir acompañado de sus protectores, corrió á él, y un tierno abrazo unió de nuevo sus corazones.

—Tu suerte corre desde hoy por cuenta mia, dijo á la sazón el padre de Alfonso.

—Gracias, señor, pero nada quiero si he de abandonarla, exclamó Julian estrechando en sus brazos á la anciana María.

—¡Ese rasgo es digno de tí, hijo mio! Nada temas, el pabellón del jardín será un albergue cómodo para los dos, y desde ahora aprenderás á leer y escribir, para ser mañana un hombre de provecho.

Así sucedió: Julian se aplicó á la escuela, mereciendo siempre los elogios de sus protectores, y como un niño noble y agradecido como él debía ser un día un hombre honrado, llegó hasta á manejar los intereses del mismo Alfonso, que por un leve beneficio en su niñez sacó un sér de la miseria, obteniendo como premio á su buena obra, un corazón que siempre se sacrificó por él.

Hé aquí la prueba de que una buena accion obtiene siempre la debida recompensa, y de que quien bien procede, de noble ó humilde cuna, puede aspi-

rar á los mas elevados puestos, apoyado por la consideracion del mundo, como le aconteció al pobre *partizambo*.—(Arreglo.)

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

LA ONDINA DEL POZO.

Cuento de Grimm.

Un hermanito y una hermanita jugaban juntos al lado de un pozo, y estando jugando se cayeron ambos dentro. En el fondo del pozo habitaba una Ondina, que les dijo:

—Ya os he cogido, ahora teneis que trabajar mucho:—y se los llevó consigo. Dió á la niña á hilar lino enredado y malo, y tenia que sacar agua con un cubo sin suelo; el niño tenia que cortar un árbol con un hacha sin mango, y no comían mas que pan duro. Los dos niños tuvieron pronto gana de escaparse, y se escaparon un domingo en que fué la Ondina á la iglesia. Pusieron entonces en ejecucion su plan; pero como la iglesia estaba cerca, pronto vió la Ondina que los niños habian huido, y corrió tras ellos dando grandes saltos. Mas los niños la vieron desde lejos, y la niña tiró una piedra hácia atrás, que produjo una montaña de piedra con millares de peñascos, sobre los que tenia que trepar la Ondina, que al fin consiguió alcanzarlos. Cuando la vieron los niños, tiró el niño unas gotas de agua hácia atrás, y se puso el terreno tan húmedo, tan húmedo, que era imposible dar un paso, pero la Ondina lo consiguió al fin y volvió á acercarse á ellos. Entonces arrojó la niña un pedazo de hielo, y nació una montaña de hielo tan lisa, tan lisa, que era imposible pasarla. Viendo esto pensó la Ondina así:—Voy corriendo á casa y traeré un azadon para romper el hielo. Pero cuando estuvo de vuelta y consiguió romper el hielo ya estaban los niños tan lejos, que la Ondina tuvo que volverse á su pozo.

(Traducido del original aleman.)

B.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1862.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.